

Hazel Henderson, EE.UU. Un ensayo temático que se refiere al Principio 7 sobre economías regenerativas y economías de sostenibilidad

Más allá del economismo: Hacia una ética de la Tierra



Hazel Henderson es una futurista independiente, columnista sindicada mundialmente y consultora sobre desarrollo sostenible. Además de ser redactora titular de *Futures* (RU) y de *WorldPaper*, también es miembro de muchas juntas, incluyendo las del *Worldwatch Institute* y del *Calvert Social Investment Fund*, con quienes ha colaborado en la creación de los Indicadores de Calidad de Vida Calvert-Henderson. La Dra. Henderson ha sido una ferviente defensora de la Carta de la Tierra desde su inicio. Su libro *Paradigms in Progress: Life Beyond Economics* (Paradigmas en el progreso: La vida más allá de la economía) (1991) incluye referencias a los primeros Principios de la Carta de la Tierra. Desde entonces, ha promovido incansablemente la Carta de la Tierra en sus libros, discursos y editoriales, incluyendo un capítulo en su nuevo libro con Daisaku Ikeda, Presidente de *Soka Gakkai International*, titulado *Planetary Citizenship* (Ciudadanía planetaria) (2004).

La Carta de la Tierra constituye la declaración popular de valores comunes compartidos más importante de todas, que va más allá de la economía y de los indicadores medidos por el dinero de lo que representa el “éxito”, la “riqueza” y el “progreso”. El siglo XX presenció el apogeo de la economía como el árbitro del progreso humano y su gradual potenciación sobre la toma de decisiones privada y pública. Para la década de 1980 y el ascenso de Margaret Thatcher en Gran Bretaña y de Ronald Reagan en los EE.UU., los economistas rápidamente fueron ascendidos al papel de reyes filososóficos, tanto en países industriales como en desarrollo. Se ha acuñado el término “economismo” para esta toma del poder por parte de la economía de las políticas sociales, medios de comunicación, discurso político y narrativas de comercio, espíritu empresarial, motivación humana y organización social.

La profesión de economista gradualmente se volvió prioritaria entre los órganos gubernamentales en todos los ramos: desde educación, salud, asistencia pública y ambiente, hasta las artes y el esparcimiento. El análisis de políticas en todos estos sectores de las sociedades empezó a ser subsumido por los economistas y sus metodologías, especialmente aquéllas que tenían que ver con

costo-beneficio, evaluación de riesgos y valoraciones de todo, desde el valor monetario de las relaciones familiares y sociales y la vida humana misma, hasta la sostenibilidad ecológica. El enfoque miope de la economía sobre las transacciones basadas en el dinero y las mediciones de “valor” empezaron a distorsionar severamente la toma de decisiones pública y privada.¹

De hecho, aún hoy día, la mayoría de los libros de texto sobre economía enseñan un modelo obsoleto de “naturaleza humana” basado en la fase primitiva de la experiencia humana temprana, codificado en nuestros cerebros reptiles. Para los economistas, la conducta racional es la optimización del interés propio individual en competencia con el de los demás, lo que implica que la capacidad para colaborar y compartir por parte de los seres humanos es “irracional”. Estos errores en la economía se agravan al desestimar o ignorar el “capital” humano y social, así como los activos ecológicos. Los costos, a menudo onerosos, de la explotación económica de estos recursos humanos y ambientales son el resultado de teorías económicas de “descontar” su valor y “exteriorizar” tales costos sociales y ambientales a la sociedad, a futuras generaciones y al ambiente.²

La Carta de la Tierra es un importante baluarte al reafirmar los valores ampliamente compartidos que se asocian con la totalidad de la existencia humana y la conservación de opciones para nuestra supervivencia y futuro común sobre este planeta. Por ende, la Carta de la Tierra se ha convertido en una poderosa reafirmación de estos valores significativos que yacen más allá del estrecho cálculo de ganancia y pérdida monetaria. Yo considero que esta es la razón por la que la Carta de la Tierra ha encontrado tal aceptación y apoyo mundial en tantos países y culturas. Instituciones en todos los niveles y en todos los sectores de la sociedad han avalado la Carta de la Tierra, desde municipalidades, grupos cívicos, académicos y profesionales, hasta empresas como el *Calvert Group* con sede en los EE.UU. que maneja fondos mutuos de manera socialmente responsable y de cuyo Consejo Consultor formo parte. Es más, la Carta de la Tierra se ha convertido en un punto de referencia para muchos esfuerzos de articular otras declaraciones de ética global, tal como la Declaración de Praga en el Foro 2000 y las del Parlamento Mundial de las Religiones.



© PLAN NEDERLAND / JOHANNES ABELING

Existe esperanza en los debates públicos que se están desarrollando en este siglo XXI, por ejemplo, entre las perspectivas de que “todo sigue igual” de la mayoría de participantes en las reuniones del Foro Económico Mundial celebrado en la invernada de Davos, Suiza, y aquellas perspectivas de la sociedad civil mundial que asistió al Foro Social Mundial en la soleada Porto Alegre, Brasil. Los medios de comunicación mundiales de línea central hasta ahora no han logrado comprender ni replantear adecuadamente estos debates mundiales entre partidarios de la globalización económica y tecnológica, que amenazan los valores sociales y ambientales de mayor alcance que sostienen principalmente la vasta mayoría de seres humanos a nivel comunitario.

Un ejemplo de tales debates incluye la educación y la manera en que se trata en los presupuestos nacionales de casi todos los países; o sea, en sus índices de Producto Nacional Bruto (PNB) y su más estrecho Producto Interno Bruto (PIB). La educación, que es indiscutiblemente la inversión más importante que cualquier país puede hacer para su futuro, es tratada como un “costo”. Sin embargo, en esta Era de la Información del siglo XXI, los políticos y líderes a nivel mundial hacen énfasis en el papel preponderante de la educación como una base sólida para el desarrollo humano y el progreso social. Muchos economistas ya han ampliado su horizonte de conformidad, y reconocen que la riqueza de las naciones está en ciudadanos educados y productivos, aceptados cada vez más como “capital humano”.

El Banco Mundial empezó a reconocer estas nuevas formas de capital en su Informe sobre la Riqueza de 1995, cuando admitió que su estrecho enfoque sobre capital financiero y construido (dinero y fábricas) estaba errado. El Informe sobre la Riqueza explicó que el sesenta por ciento de su medición se componía de capital humano; el veinte por ciento, de capital ambiental (recursos naturales); y que las finanzas y fábricas sólo constituían el veinte por ciento de la verdadera riqueza de las naciones. Desde entonces, el Banco se ha concentrado en la educación, especialmente de niñas, como una de las inversiones más productivas que los gobiernos, empresas e individuos pueden realizar. Por supuesto, ¡los padres de familia siempre supieron que esto era así!

Sin embargo, la mayor parte de los libros de texto, modelos y cuentas nacionales –el PNB y el PIB– aún categorizan estas inversiones en educación como “consumo” o “gastos”; ¡como si estos fondos fueran sólo “dinero tirado a la basura”! Tales errores persistentes obligan a que estas inversiones críticas en nuestro más preciado recurso, nuestros niños, compitan con los presupuestos anuales de gobiernos locales, estatales y nacionales, por fondos para carreteras, policía, tratamiento de aguas servidas, estadios deportivos y hasta armas.

La creciente casta de estadísticos que miden la calidad de vida y el desarrollo sostenible (ver, por ejemplo, los Indicadores Calvert-Henderson sobre Calidad de Vida, www.calvert-henderson.com) ha hecho un llamado durante décadas para corregir estos errores en

los presupuestos nacionales. En 1992, en la Cumbre de la Tierra de la ONU celebrada en Río de Janeiro, 170 gobiernos se comprometieron, en la Agenda 21, a implementar estas correcciones, sumando recursos humanos, trabajo sin remuneración, activos ecológicos, y restando la contaminación y la degradación de los recursos. La Carta de la Tierra engloba todos estos nuevos indicadores en sus dieciséis principios.

Resulta esencial que los defensores de la Carta de la Tierra, los educadores y todos los que tienen participación en el futuro de nuestros hijos, insistan en que los economistas del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y de los gobiernos nacionales reasignen las inversiones en educación justamente como eso: inversiones. Una vez logrado, estas inversiones en educación deberán agregarse a las nuevas cuentas de activos recomendadas por los estadísticos para la calidad de vida. La educación es parte fundamental de la estructura de todas las sociedades que paga dividendos en el curso de al menos veinte años y produce nuestro preciado “capital humano”. Cuando todas estas inversiones en infraestructura, pagadas por los contribuyentes, sean debidamente registradas como activos en el PNB, se equilibran y reducen el gasto público de conformidad. Esto reduce las tasas de interés que los países deben pagar. Al hacerlo así, se abriría la puerta a una planificación más de largo plazo, motivaría una inversión positiva y aseguraría un futuro más prometedor para la sociedad y la niñez.³ Los valores de la Carta de la Tierra han ido permeando lentamente en la forma de pensar de muchos ejecutivos de corporaciones de las 2.000 empresas firmantes de los principios del Compacto Global lanzado por Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas.

Todos podemos exigir que los economistas respondan por los errores en sus modelos y no sigan comprometiendo el futuro de nuestros niños. Debemos recordar que la economía no es una ciencia, es tan solo una profesión, con menos control de calidad que casi todas las demás. Nunca más deberían los educadores, padres de familia y ciudadanos preocupados tener que luchar batallas anuales sobre el presupuesto de educación. Con la contabilidad correcta, estas inversiones y las que se hacen en infraestructura pública básica, estarían debidamente protegidas como los activos a largo plazo que realmente son.

Los partidarios de la Carta de la Tierra pueden retar al economismo y reclamar la legitimidad plena para la toma de decisiones pública y privada de todos los valores y principios de la Carta que son una afirmación de la vida. Los economistas no deben sentirse avergonzados porque se ha desenmascarado su oficio como una profesión en lugar de una ciencia. Muchos profesionales honorables están satisfechos con ese término: aquéllos que ejercen derecho, medicina, ingeniería, arquitectura y otras aplicaciones de conocimientos similares. Los juristas en particular están felices de que se les conozca como defensores. De igual manera, ahora sabemos que los economistas siempre han abogado por diversas políticas gubernamentales, reglamentos o liberalización de normas, así como por los intereses de sus clientes, que casi siempre son banqueros, compañías financieras y corporaciones en general.

No existe ninguna querrela con estos defensores, ya sean juristas, economistas o cabilderos, ni con los papeles que desempeñan en la creación de políticas. Todo lo que se necesita es claridad por parte de estos profesionales y de todos los defensores, para que el público esté plenamente informado y los asuntos se debatan francamente. Los economistas ya no pueden reclamar una base científica para sus argumentos, ni confundir al público pretendiendo que son científicos. ¿Por qué no aceptar la realidad y llamar a esa profesión “defensoría económica”? Después de todo, la Era de la Información ya se ha convertido en la Era de la Verdad.

Hoy día, los que defienden a la Carta de la Tierra se yerguen en un terreno aún más firme, ya que abogamos por el avance hacia los Objetivos de Desarrollo del Milenio, abordando las necesidades de agua limpia, salud, educación y proveyendo bienes públicos e infraestructura global.⁴ El reformular los conceptos humanos de “progreso” y “desarrollo” va más allá de las falsas ideologías de que el economismo resulta indispensable para la supervivencia humana sobre este planeta en peligro. La Carta de la Tierra representa el mejor mapa vial de la humanidad hacia economías regenerativas diversas y sociedades justas y en paz, hacia un futuro más brillante para todos. ●

Notas

- 1 Véase, por ejemplo, Henderson H. (1981). *The politics of the solar age*. Nueva York: Doubleday.
- 2 Ackerman, F. & Heinzerling, L. (2004). *Priceless: On knowing the price of everything and the value of nothing*, NY, Londres.
- 3 Henderson, H. (noviembre 2003). ‘Statisticians of the world unite! Roma: InterPress Service.
- 4 Véase, por ejemplo, Henderson, H. (1996). *Building a win-win world*. San Francisco: Berrett-Koehler and the *United Nations: Policy and financing alternatives*. En Henderson, H., Kaul, I. y Cleveland, H. (Eds.). Report of the Global Commission to Fund the UN. Londres: Elsevier Scientific (1995), edición para los EE.UU. (1996) obtenido de www.amazon.com.